

# LA LENGUA COMO COMUNICACION, COMO CONFLICTO Y COMO OBJETO CIENTIFICO

MANUEL AGUD QUEROL

**V**IVIMOS en un país y en una época en que los asuntos más triviales se convierten en conflicto. Nada digamos si se trata de cuestiones sustanciales y de alcance general.

Quisiéramos hacer desde estas páginas unas consideraciones acerca de algo tan esencial como es el medio de comunicación entre las gentes: el idioma.

El País Vasco goza del privilegio de una lengua que, aun siendo minoritaria, tiene una importancia enorme desde el punto de vista científico; pero la han convertido algunos en motivo de pendencia, de controversia y de arma arrojada incluso, haciendo de ella elemento de discordia en lugar de medio de comunicación y entendimiento.

La lengua vasca, como es bien sabido, constituye el único resto que nos queda de un conjunto de lenguas hispánicas que debieron cubrir la Península y que naufragaron ante el empuje de otras de superior cultura y que facilitaron el comercio y demás tipos de transacción.

¿Por qué subsistió, cuando lo lógico era que hubiera seguido la suerte de sus coetáneas? Es el gran misterio. Algunas tendencias políticas exclusivistas y excluyentes se empeñan en airear lo del «feroz amor a la independencia»; pero no es causa suficiente, pues no lo sentirían menos Viriato, los sitiados de Numancia o los astures.

¿Fue o no ocupado por los romanos el País Vasco?

Hubo romanización, sin duda, mas las condiciones de la tierra no eran propicias para la explotación que solían emprender aquéllos en busca de materias primas y de elementos de lo que hoy llamamos comercio exterior, amén de hombres para la guerra.

Si en la actualidad hemos oído hablar del monocultivo, tanto agrícola como de las mentadas materias primas (Bolivia con el estaño, las Repúblicas Centroamericanas con la fruta, etc.), entonces Roma se hallaba necesitada de una serie de productos que, simplificando, los reduciríamos a trigo, vino, aceite, minerales y guerreros o esclavos. A este propósito, legionarios vascones, vándulos, etc... hubo entre aquellos conquistadores y colonizadores, según atestiguan los textos antiguos.

Sin embargo, los casos de Arditurri en Guipúzcoa (Oyarzun) o de Forua y Somorrostro en Vizcaya quizá fueron sólo focos aislados, lo cual permitió en los medios agrarios y pastoriles la persistencia de la vieja lengua. Con todo, tampoco es causa suficiente. Queda, por tanto, en el misterio esa persistencia que nos permite adentrarnos en una estructura de len-



gua completamente extraña y que constituye una muestra de lo que debió de ser el mapa lingüístico hispánico antes de la romanización; qué relación hubo entre las diversas agrupaciones de pueblos, y qué modificaciones experimentarían las lenguas en contacto.

Es nulo prácticamente lo que nos queda de lo prerromano, a excepción del vascuence y de la toponimia. Restos legibles pero de significado indescifrable, y, de pronto, todo es latín.

Uno tiene, empero, la impresión de que algo de esas lenguas que designamos como ibéricas debió de subsistir en rincones aislados hasta la iniciación del medioevo. No podían desaparecer de la noche a la mañana, y sin duda el pueblo en lugares de difícil acceso continuaría empleando términos muy generales y familiares, e incluso viejas estructuras de la lengua.

La relación con la que hoy nos ocupa es imposible de rastrear, a pesar de haberse logrado una cierta reconstrucción lexicográfica del proto-vasco, como la llevada a cabo por Michelena.

Ahora bien, sí es importante lo conseguido desde el punto de vista histórico, pues los siglos de contacto del vascuence con el latín nos proporcionan material suficiente para el estudio de estas lenguas en su referido contacto, las evoluciones de los sonidos con el tiempo y la conformación a la lengua indígena de la terminología importada con objetos u otros elementos culturales.

El campo de estudio es inmenso y resulta verdaderamente lamentable que se esté abandonando por caer en cuestiones extralingüísticas, cuando en cualquier lengua del mundo la parte histórica y evolutiva ocupa lugar preferente entre los investigadores. Y así ocurrió hasta hace bien poco con la nuestra.

En el País Vasco, por desgracia, prevalecen criterios que intentan convertir el medio de expresión en pendencia política, en una guerra lingüística que muchos detestan, pero que caen a veces insensiblemente en ella.

La rúbrica de este artículo da pie para permitir toda clase de opiniones. Sin embargo, quisiera deslindar los terrenos y diferenciar esas tres posibilidades brindadas por la lengua, evitando la segunda, realizando la primera y profundizando un poco más en la tercera (el vascuence como elemento de estudio científico).

Es una verdadera calamidad para la lengua vasca haberla convertido en motivo de contienda al intentar su vinculación a determinadas ideologías. Eso trae como consecuencia la funesta politización de un tema que es preciso alejar completamente de dicha politización.

Ciertos sectores tratan de aumentar diferencias entre los pueblos por medio del idioma, cuando la diferencia en ese aspecto no es una realidad pertinente. Ello crearía un foso vasco-castellano que no beneficiaría ni siquiera a los autores de tal desacato histórico.

La apetencia de la humanidad desde hace muchos siglos ha sido disponer de un medio lingüístico que facilitase el entendimiento entre todos los pueblos. Siempre prevalecía cierto exclusivismo y, aunque hubo una **ecumene** medieval apoyada en el latín, el surgimiento y el desarrollo de las nacionalidades, con sus respectivas lenguas en los inicios de la Edad Moderna, hizo imposible aquel sueño...

No dio mejor resultado la creación, en tiempos ya recientes, de lenguas de laboratorio. Ni el **volopaque** ni el **esperanto** (a pesar del gran desarrollo de este último) lograron ese propósito y, sin embargo, sigue vivo el deseo de disponer de un medio de relación universal. Hoy se perfila como tal el inglés, que quizá comparta con el español la internacionalidad dentro de unas décadas.

Frente a este posible ecumenismo lingüístico, nos hallamos con invocaciones permanentes a la identidad, cayendo en un determinismo histórico que choca en la época de las supercomunicaciones y de la supresión de las distancias, en que los kilómetros se sustituyen por las horas y, a pesar del espacio, nos es posible ya ver en el teléfono la cara de nuestro interlocutor, gracias a la electrónica.

En una situación tal no debe hacerse de la lengua motivo de lucha, ni despreciar a la que no es nuestra, pero que lo hubiera sido con una pequeña modificación geográfica o histórica.

No nos vale la lengua como conflicto. No nos vale volver sobre nuestros pasos en busca de un tiempo lejano. La pre-

tensión de desandar lo andado y considerar lo pasado como mejor, es una postura anacrónica que no va a resolver ninguno de nuestros problemas.

Tenemos, tiene nuestra nación, una riqueza lingüística envidiable y, sobre todo, es depositaria del vascuence, de esa lengua que ha perforado las capas históricas hasta llegar a nuestros días con plena vigencia, aunque con porcentajes limitados de hablantes.

Para conservarla (que es lo fundamental) es preciso librarla de las actuales pendencias y no convertirla en un «trágala» para los no vasco-hablantes, y en una imposición que recuerda los viejos imperialismos y esas opresiones tan aireadas por los hoy opresores.

Parece mentira que después de cuarenta años de dictadura no hayan comprendido muchos que las imposiciones provocan el rechazo, sobre todo cuando andan por medio ideologías totalitarias. Una cosa es cultivar la lengua y extenderla en la medida de las posibilidades y necesidades; otra muy distinta pretender hacer hincar de rodillas a nadie. La experiencia pasada no parece que les haya enseñado mucho a los tiranos de hoy.

Es de esperar que un día se produzca la reacción, que renazca la libertad, que cada uno escoja su lengua sin que se le discrimine por ello haciéndole renunciar a los derechos que posee como ciudadano de acceder a funciones públicas. Esto está ocurriendo hoy. No se debe legislar ni imponerse políticamente desde un 25% del censo. Dígase lo que se quiera, pero eso es «dictado», no legislación.

Hasta aquí hemos hecho referencia a algunos elementos negativos (la lengua como conflicto) y positivos (la lengua como comunicación).

En los últimos quisieramos insistir: en su situación en el plano de la ciencia, que es quizá el más descuidado en el momento actual.

Existe un cultivo literario aceptable. En lexicografía el **Diccionario General Vasco**, de Michelena, en vías de publicación, es un auténtico monumento. La Facultad de Filología Vasca de Vitoria está proporcionando un considerable número de estudiosos en la parte descriptiva de la lengua, etcétera.

Echamos en falta, en cambio, gente que atienda al campo histórico, a la evolución de ella. El Seminario de Filología Vasca «J. de Urquijo», de la Diputación Foral de Guipúzcoa, mantiene el estandarte que alzó Michelena, y en su ANUARIO aparece en el aspecto histórico del euskera el resultado de muchos años de trabajo, entre ellos los del Profesor Tovar y míos.

Es inexplicable que un campo tan interesante y fructífero esté quedando en último plano, cuando había sido hasta bien recientemente tema preferente de los lingüistas del mundo.

Creemos que sólo por el hecho de ser una lengua que desde la prehistoria ha resistido la presión y proximidad de lenguas de cultura superior, merece la atención y el estudio, y no deformaciones ocasionales ni mixturas.

Antes que los romanos, pasaron por estos territorios otras ramas indoeuropeas, que concretaremos en los celtas. Como testimonios existen los castros de Navárniz, en Vizcaya y de Aldaba (Intxur), en Guipúzcoa.

Por cierto que este último lo dan algunos como descubierto ahora, a pesar de que tantos ya aludimos a él en diversos artículos hace años. Le atribuyen un milenio (quizá no sea tanto), mas no se alude a su carácter céltico, que es lo más interesante.

Otro testimonio del paso de éstos por aquí son los cuencos de Axtroki (Bolivar) (acaso del s. VI a.C.).

El vascuence persistió siempre, aunque no sabemos nada de su origen ni de sus parentescos. Elemento aislado en toda la cultura occidental, se resiste a cualquier análisis comparativo, a pesar de esa absurda vuelta al «caucasicismo» despertada en Georgia.

Sostener, como ha hecho más de uno, que es la lengua más antigua del mundo, o poco menos, es un disparate. Antiguas son todas las lenguas, menos las artificiales, pero aun éstas se apoyan, en lenguas existentes.

Sí, en cambio, puede enorgullecerse el pueblo vasco de poseer la única lengua que resistió la indoeuropeización y romanización, por tanto es un tesoro para tratarlo científicamente en sí, independiente de su carácter usual vigente.

A veces nos han tachado de querer arqueologizarla a quienes hemos intentado penetrar en sus misterios, y quizá una especie de fetichismo por ella quiera sustraerla al análisis. Tal actitud no tendría justificación y más mereciera censura que otra cosa. Los hay que se ofenden por el intento de buscar relaciones con otros grupos lingüísticos. Hay que seguir buceando. Acaso un día tengamos la clave si se logra descifrar el ibérico. El campo histórico es un inmenso campo de trabajo con posibilidades incalculables, como incalculables serían las tesis doctorales que nacerían de él.

Sólo su comparación con el latín y las lenguas romances y aun prerrománicas ha podido aclarar ciertos estadios de la lengua y, a la vez, conocer la pronunciación de sonidos del latín literario o vulgar, que gracias al vascuence nos es dado averiguar.

Es posible, por tanto, rastrear la evolución de la lengua a través de los siglos, y esa historia tiene ya en sí un valor inmenso.

Por otra parte, el estudio del vocabulario importado permite adivinar relaciones culturales y comerciales, a la vez que descubrir mutuas influencias.

El léxico marítimo y el del comercio están esperando a alguien que a través de ellos nos descubra, en el primer caso, relaciones con los pueblos nórdicos representadas en sus términos de mar y pesca, y en el segundo, la importancia que en la evolución y transformación de las lenguas ha tenido esa actividad.

Ante pueblos invasores o colonizadores surgía la necesidad de intercambiar productos. Llevadas las cosas al extre-

mo, habría que «engañar» en la compra y en la venta. Por eso se pregunta uno qué alcance ha podido tener la actividad comercial en los cambios de lengua a través de la historia de todos los pueblos.

Siempre se ha considerado como decisiva la administración de los invasores, y así debió de ser sin duda, pero no olvidemos el aludido vocabulario del comercio, que puede explicar muchas cosas.

En el apartado de la terminología importada y de su evolución histórica disponemos de materia de estudio inagotable.

Y si pasamos a la toponimia, aun dentro de lo resbaladizo de la cuestión, se descubren lazos y desplazamientos de pueblos o de lenguas que empujan los ámbitos geográficos. Como por medio de un sufijo se ha podido seguir el movimiento de un grupo humano. O como nos da otro el testimonio de su asentamiento en una zona (sufijos **-aca**, **-ica**, **-ama**, etc., en el País Vasco, por ejemplo).

Igualmente por la toponimia es posible admitir que en el corazón de Guipúzcoa hubo algún grupo céltico, confirmado por la existencia del castro de Aldaba, ya mencionado (sin olvidar **Deva**; escrito así, o **Deua**, cuyo celtismo es evidente).

Y todos estos son problemas que pertenecen a la ciencia del lenguaje y, por tanto, debemos cultivar este testimonio que el pasado nos ha legado, con las evoluciones que se quiera, pero conservando la lengua en toda su estructura.

Pedimos protección oficial para los estudios de gramática histórica y de toponimia vascas, y que esa proclamación constante de amor al euskera, que llena muchas bocas, sea verdad en el estudio de los entresijos de la lengua a lo largo de los siglos.

Que la bandera que enarbolaron tantos investigadores en un pasado reciente en diversas partes del mundo, no caiga en el olvido después de haber logrado en Michelena el mejor portaestandarte.

No debe quedar en segundo plano lo que generalmente ocupa el primero en cualquier lengua de cultura.